

Pedro Laín Entralgo: más allá de la experiencia

Francisco A. Marcos Marín*

EN el verano de 1962 un inminente estudiante de preuniversitario en el Instituto Padre Suárez de Granada supo que para esas pruebas tenía que estudiar, en Literatura, a Menéndez y Pelayo. Su profesor de sexto curso, Emilio Orozco, a quien una de las varias decisiones ministeriales absurdas había hecho optar por «compatibilizar» la cátedra del Instituto y la de la Universidad, no dudó en recomendarle, como primera lectura, el *Menéndez Pelayo* de Laín Entralgo. La vida está llena de afortunados absurdos y pocos más afortunados que hacer compañeros en el Instituto «por disposición ministerial», durante esos años, al catedrático de Literatura y al de Matemáticas, Francisco Marcos de Lanuza, y poner al hijo del segundo en las sabias manos del primero, durante esa estancia granadina, en el periplo entonces habitual de la familia de un profesor de Enseñanza

* Catedrático de Lingüística General de la Universidad Autónoma de Madrid.

Media. Al retomar ahora el librito verdiblanco de Espasa Calpe Argentina, de páginas ásperas y amarillentas, el profesor de hoy sabe que debe a ese libro buena parte de su camino y que, a lo largo del mismo, las personas que intervinieron, directa o indirectamente, en esa primera orientación y en sus consecuencias, siguen presentes en su agradecimiento.

«De dos modos queda falseada por la exposición la verdad de una persona. Uno consiste en hacer de ella lugar común, *tópico*, con lo cual se la condena a cumplir el inevitable destino de los tópicos: servir de pretexto a la intención del que los dispara. Aténtase también contra la verdad de una persona convirtiendo su vida en *producto*.»

Así se expresaba nuestro autor en 1944, en el prólogo del libro mencionado. En el que decía, más adelante: «al hombre se le conoce por sus obras; pero cuidado que en la sentencia anterior es preciso dar tanta importancia al sustantivo *obras* como al pronombre *sus*». Obras y persona, ésta es la razón básica de la matemática de cada vida.

Cuerpo y alma

ES difícil escribir sobre un autor que, en cada página, te ofrece frases y más frases que puedes ir citando y entreverando con las tuyas, con la seguridad de que esconden, como un cuento de la antigua India, una provechosa enseñanza. Caeríamos en el tópico. Sin embargo, es como si los maestros del escritor de hoy se hubieran puesto de acuerdo en las remisiones al objeto actual de su escritura. porque pasan los años, aquel muchacho se había ido de Madrid a Huelva, de allí a Granada, de nuevo a Madrid, luego, en su periplo personal, a Zaragoza, a Valladolid, ya ha vuelto a Madrid y habla con su maestro madrileño, Rafael Lapesa, hablan, en 1992, de cuerpos y almas y Lapesa pone en las manos de su discípulo otra referencia fundamental y le hace leer el libro *Cuerpo y Alma* de Pedro Laín. A la orientación filológica se suma ahora otra más profunda, más íntima, la que marcará una vinculación de creencias, de percepciones más allá de la experiencia.

Entre las dos lecturas, como después de ellas, ha habido muchas, vinculadas preferentemente a España y su concepto, pero también al cuerpo humano y a esa preocupación por la relación en el hombre de lo material y lo espiritual, en una dirección monista que, para quien haya vivido la espiritualidad de aquellos años, trae a la memoria, inmediatamente, el nombre de Teilhard de Chardin y, junto a Teilhard, el nombre de un pensador que, en la línea

metafísica dinamicista, completa la línea de influencias que lleva a Unamuno y Ortega, como acaba de señalar Pedro Cerezo en *Insula*; nos referimos a *Xavier Zubiri*. El conjunto de nombres se asocia a una atmósfera cultural española que tiene un notable exponente en la Sociedad de Estudios y Publicaciones y que cuaja perfectamente, de nuevo en la clave personal, con la atmósfera que respiramos los licenciados del 68. Es perfectamente natural y explicable que quien ha tenido que trazar su propia evolución personal desde la posguerra tardía a la democracia, desde la concepción religiosa tridentina a la del monismo ortodoxo, haya tenido que recurrir a la mano de Laín, en uno y otro momento de su vida y que, de esa mano, se haya ido encontrando o reencontrando con la corriente o los escritos de los pensadores citados, sin pretensión alguna de buscar en ellos más agrupación que la que les confiere la relación vital.

La nación y lo nacional

EN Laín, como en otros estudiosos, se ha vinculado el problema de la creencia con el de su entorno nacional. Hoy no reconocemos que existen en movimientos de los nacionalismos vasco y catalán componentes que integraban el nacionalismo español de los años 30 a los 50, entre ellos precisamente el de una manera peculiar de entender la religión. Ese nacionalismo español de antaño ha dado paso a un discurso bivalente, en el que España cuenta, por cierto; pero Europa es una realidad que se impone sobre cualquier otra consideración, como demuestran los esfuerzos realizados y los resultados tan brillantes alcanzados para la integración económica, representada por la nueva moneda. Quizá la visión del nacionalismo sea más clara desde América, porque allí la fuerza de los movimientos integradores es menor, aunque, desde luego, exista una conciencia panamericana, no sólo retórica, que otea el futuro con una perspectiva de unidad, que los nacionalismos de España no tienen, aunque tengan otras componentes. Sin embargo, en América, el factor de la diversidad todavía tiene arrastre o, dicho de otra manera, entre un argentino y un chileno hay más motivos de discrepancia que entre dos ciudadanos de países distintos de la Unión Europea.

Esta reflexión apresurada sobre el nacionalismo nos sirve para resaltar que es natural que el nacionalcatolicismo no fuera suficiente para mantener en la vida de la fe a una persona de la talla intelectual de Laín, y que, al hilo de su conocimiento progresivo del materialismo y el estructuralismo, esas creencias

fueran evolucionando hacia actitudes que llamaríamos hoy más paulistas. La conciencia del papel central de la fe no va acompañada de ningún tipo de quietismo, sino que se relaciona con una disposición a reinterpretar en términos de la materia el papel del hombre en el universo. En *La activación de la energía*, por ejemplo, lo ha expresado Teilhard de maneras diversas, como al establecer la armonización del mundo a nuestro alrededor y el alma en nuestro corazón. El Hombre tiene que unificarse como aferrado por el fenómeno social y tiene que desear esta unificación y llevarla a cabo como algo centrado y como algo abierto. Cuando el jesuita francés habla de la partícula y de su exigencia de integrarse estructuralmente, es decir, sólo dentro de su sistema, está haciendo posible que se pueda afirmar que «en las primerísimas etapas de su desarrollo... el embrión humano no es realmente un hombre». Para ser hombre es preciso alcanzar la alternativa de «poder llegar a ser en acto un ser humano, o sucumbir». Un lingüista tiene que asociar inmediatamente esta percepción, desde la biología y la medicina, con la condición necesaria del rasgo distintivo fundamental del Hombre, la capacidad de lenguaje: ha de ser al mismo tiempo resultado y actividad creadora direccionada. Así es como se entiende la condición energética que pasa a conformar esta materia, dándole una estructura.

La fe

CUERPO y alma continúa conceptualmente el discurso iniciado en obras de antropología médica o en el análisis del cuerpo humano; pero sólo aquí llega a la posibilidad de integrar unas explicaciones globales, universales diríamos mejor, porque lo hace desde la reflexión estructural, con una estructura que va constituyéndose, conformándose, en el devenir. Ese devenir, en el caso humano, es el que culmina en su *especiación* como tal Hombre.

Más el Hombre no se queda en su carácter colectivo, como especie, sino que se realiza en el encuentro individual con el otro y el otro que es también yo. Es decir, aquel que me asume es Cristo. Por eso el encuentro con Cristo es el que permite interpretar la conformación del Yo dentro del misterio de la Salvación, al que sólo cabe llegar por la fe: «Sólo la fe en un amor misteriosamente trascendente a esos problemas me permite esperar la respuesta; de esperarla, también con San Pablo, *in spe contra spem*».

«La esperanza contra la esperanza». Es explicable y es necesario decirlo para entender honradamente toda la dimensión del fenómeno, para com-

prender que, en ese camino, en ocasiones con recovecos, cuando al girar se encontraba uno mirando en el sentido contrario de la marcha anterior, se sintiera a veces desorientado y a veces hasta enfrentado con su guía. Es cierto que en esa perplejidad de lector había momentos en los que nos acompañaba otro maestro, Américo Castro en este caso. Inolvidables conversaciones nuestras con don Américo en la casa de la calle del Segre en las que él repasaba una y otra vez en qué medida el concepto de España de don Pedro era compatible con esa verdad a la que, por su parte, había llegado en medio de tan atroces sufrimientos que preferiría no haberse acercado a ella. Protestaba don Américo de uno a otro extremo de su biblioteca, sacando y repasando este o el otro libro, cotejando tal frase o tal idea, suponiendo a veces el acuerdo de Laín, rebatiendo en otras esa imaginada discrepancia, en casi monólogos de los que este cronista era gozoso y solitario testigo.

Don Américo, además, por las propias características de su evolución personal, era también un firme candidato (en otro estadio) al acceso a la justificación por la fe, porque en él se vivía plenamente la dimensión esperanzada contra lo que aparentemente era desesperanzador.

Culturas hispánicas y España

EL hombre en sí, por lo tanto; pero también el hombre en su cultura. Las dimensiones endocéntrica y exocéntrica aparecen por igual, aunque la primera es más universal, se refiere a todos los hombres y la segunda, en cambio, es predominantemente hispánica y, dentro de ella, española. Laín aprende en América que en el mundo hispánico no hay una cultura o, si entendemos cultura en sentido tan amplio, dentro de ella tiene que haber espacio para las que la configuran. Más claramente, que las distintas culturas que integran ese mundo llegan a su plenitud universal porque disponen de un vehículo también universal de comunicación que les dan la lengua española y la integración en la comunidad hispánica. Esta actitud no es nueva, podemos señalar antecedentes de ella en escritores como Unamuno, abierto también, como luego Laín, al próximo, a Portugal, a quien necesitamos para adquirir la dimensión plena de lo iberorrománico. La lengua española sería así la *lengua hispañola*, en el sentido en el que Camoens podía aplicar el adjetivo a las lenguas que expandían por el mundo el latín de Hispania.

Esta coincidencia unamuniana es siempre en Laín algo sujeto a matices, terminológicos, desde luego, pero también conceptuales, como cuando discu-

te sobre historia e intrahistoria en *A qué llamamos España*, libro determinante y respuesta, en el diálogo personal, para otro igualmente significativo, aunque estructuralmente muy diferente, *España como problema*. Ambos responden a momentos alejados, pero unidos por la actitud de examen de conciencias del autor, empezando por la propia.

El análisis lleva a la síntesis que, en términos históricos, supone una decidida intervención en favor de la convivencia, no como concepto, sino como esfuerzo. Una vez más nos hallamos en la línea dinámica, porque (y en esto vuelve la huella de Américo Castro) lo que España necesita es superar la *edad conflictiva*. La medida de la superación es la *asunción del otro*. Lo español es lo que tengo en común con los otros españoles, no lo que me diferencia de ellos. Nótese que los términos no se establecen en función de diferencias hacia fuera, sino de creación de espacios de convivencia hacia dentro. En términos castrianos, es la construcción de una morada vital común lo que me hace compatriota del otro, lo que me induce a compartir la misma patria, apurando un poco los vocablos, la misma *matria*.

Cuando Laín analiza la asunción prebélica de lo español a partir de la amargura, está sentando las bases para desarrollar un concepto más positivo que ha de ser, una vez más, dinámico. España no es lo constituido, sino lo que se constituye y, en esa construcción, es donde entroncan los nuevos valores de convivencia, libertad, respeto, que fundamentan, con otro término conocido de Castro, la nueva *vividura*, el nuevo modo de vivir, no conflictivo.

* * *

El hombre de quien acabamos de presentar unas ideas y que hemos seguido en algunos de sus hilos conductores ha creado una obra amplia de antropólogo y de historiador de la medicina, además de reflexiones en campos que van de la Literatura a la Religión. No es un hombre tallado en bloque, sino, en sí mismo, una visión dinámica, evolutiva y creciente de lo humano. Como el Menéndez Pelayo que nos sirvió de punto de partida, ha demostrado de modo fehaciente que hay una ciencia española y una posible interpretación histórica de esa ciencia, superando la esterilidad de la polémica sobre ella. Quizá lo ocurrido no ha sido sino la consecuencia de lo que expresa el tercer capítulo de los *Proverbios*: «conserva mis preceptos en tu corazón, porque te darán vida larga, largos días de vida y prosperidad. Que no te abandonen jamás la bondad y la fidelidad; atátelas al cuello, escríbelas en tu corazón y hallarás favor y buena opinión, ante Dios y ante los hombres».